



AUN ASÍ VIVO

María Luz Morán

AUN ASÍ VIVO



Primera edición: noviembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Luz Morán

ISBN: 978-84-10400-90-0

ISBN digital: 978-84-10400-91-7

Depósito legal: M-24780-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Por todos aquellos que me han hecho el bien

MARI LUZ

Siempre supe, desde que tengo uso de razón, que esta vida no me iba a ser fácil. Yo me decía: «Tengo que pecar», mas no sabía qué era eso.

Pecar. ¿Qué es pecar? Robar. ¿Qué puedo robar yo? Dinero. ¿Y para qué quiero el dinero? ¿Matar? Incomprensible. ¡Ya está! Pegar a mi hermana. ¡Como es más pequeña...! Sí, es cierto, algún tortazo le di, más luego veía sus botitas con la hebilla y no podía con los remordimientos e iba corriendo por la casa a buscarla.

¿Pecar? El tiempo lo dirá. Mientras tanto, andaré el camino, es lo único que tengo.

Ese comecome me ha acompañado toda la juventud. Si por mí hubiera sido, no hubiera hecho nada.

Como el enfermo que sabe que va a morir y no tiene ilusión por hacer algo, ni trabajar, ni vivir, ni levantarse de la cama. Aun así, fui tirando con los estudios, y ese comecome me condicionó la juventud. No era yo como quería ser. No era yo sustancialmente. A veces lo era, pocas, y era buena, pues soy de naturaleza maleable, aunque a veces, las más, era mohína, terca y me encerraba en mí misma sin dar explicaciones, solo para acostumbrarlos a mi futuro, a lo que tendría que hacer.

A darles ese disgusto tan tremendo que supondría el pecar.

Ese clavar la daga en pecho ajeno. Eso lo sufrió mi madre.

A veces, estudiaba más que otras e iba sacando los cursos, pero era acuciante esa voz que siempre me acompañaba: «Voy a pecar», lo tenía asumido.

A una tierna edad, le dije a mi madre que iba a tener un hijo de soltera. ¡Pobre mujer, siempre me sufrió tanto!

—Mariluzina, ¿cómo dices eso?, ¿quién te va a mantener?, ¿cómo se criará sin padre?

—Tranquila, mamá, que trabajo yo. Y por el padre no te preocupes, tiene madre.

Y empecé a estudiar.

He tenido etapas en mi vida estudiantil tanto de buena como de pésima estudiante.

A decir verdad, a mí me gusta estudiar. Ese olor a lápiz, a papel, el gráfico del bolígrafo sobre el cuaderno, la goma de borrar. Yo amo eso, siempre lo amaré.

Pero la vida tiene sus propias leyes, antes lo intuía y ahora lo sé. No te puedes escapar de ellas.

Mi padre era un empleado de la empresa nacional de electricidad, o sea, Endesa.

Mi madre se ocupaba de la casa y de nosotros. Teníamos alguna finca. Desde pequeños, trabajábamos todos, mis hermanos y yo, los cachipillos.

Teníamos de todo, fruta, productos de la huerta y hasta cerdos, pues hacíamos la matanza. Nunca nos faltó de nada.

Mi madre nos llevó a los mejores colegios y nos vistió en las mejores *boutiques* de Ponferrada y León.

Yo ayudaba a mi madre en las tareas de la casa, pues era la mayor de las chicas y ya se sabe... los chicos no hacen eso, las tareas del hogar.

Mi hermana Ana, la pequeña de los cuatro y la que me sigue a mí, es mi debilidad. Me solía decir:

—Mari, estudia y así vivo yo contigo.

Yo me entristecía porque ¡tenía que pecar! Tan solo le decía:

—Si pudiese...

A veces, ella me respondía:

—Así te cuido al niño.

De muy niña, soñaba que no alcanzaba las cosas, los objetos. Soñaba que estábamos todos en la cocina.

Nuestra casa era una casa antigua de la plaza de la Encina. La cocina era grande, rectangular, con un bonito suelo.

Mis hermanos me pedían un vaso de agua.

—Voy —les contestaba e intentaba ir al grifo, pero nunca llegaba.

Me movía, yo me movía, no estaba estática alargando el brazo, aun así, no llegaba al grifo, es más, no salía del lugar de donde me lo habían pedido. Por más que me afanaba, estaba en el inicio de la orden. Ni siquiera había salvado los obstáculos, estos eran mis padres y mis hermanos, que estaban de pie, en medio de la cocina.

Para mí era agobiante este sueño. Despertaba angustiada e iba a la cocina y hacía movimientos para cerciorarme de que el impulso de mi fuerza producía un movimiento que me llevaba hasta el grifo. Que con un paso tras otro alcanzaba el grifo.

Después de mucho tiempo y sueños así, logré un avance, porque este sueño me producía ansiedad y lo pensaba durante el día.

Ahora estábamos todos sentados alrededor de la mesa rectangular, como la cocina, y esta en medio de la misma. Me pedían agua:

—Mari, tráeme un vaso de agua.

—Voy.

Y alargaba el brazo. No sé cómo había de todo, no era como el principio, que estábamos los seis sentados alrededor de la mesa sin ninguna vianda. Estaba toda la comida, los cubiertos, las servilletas, el vaso con el vino de mi padre, la jarra del agua, la botella del vino no porque nunca me lo pedía mi padre, la hogaza del pan... En fin, lo tenía todo encima de la mesa, no tenía ni que alargar la mano.

—Mari, tráeme agua.

—Voy.

Alargaba la mano, alargaba el brazo, mas nunca podía coger el vaso que estaba al lado, encima de la mesa.

Me producía estupor. «¿Cómo es que no puedo coger el vaso?».

No era solo el vaso, era cualquier objeto. No podía hacer nada. Mi brazo se alargaba sin fin, al fondo estaba el objeto, pero nunca lo lograba asir, ni siquiera rozar. ¡Y había veces que lo tenía tan cerca!

No podía ser real. Tenía que averiguar cuál era la razón.

Después de ver que no había razón, que era un sinsentido, intenté averiguar qué era lo que podía o no podía hacer.

Me di cuenta de que podía comer, sí. Acercaba la cuchara a la boca y masticaba, ¡y tragaba! Es más, ¡me quedaba en el estómago! No caía en la silla como en los fantasmas de don Juan Tenorio, el de doña Inés.

Eso me producía satisfacción. No sabía lo que era, pero era algo bueno.

Descubrí también que yo, a mí misma, me podía servir, es decir, alcanzaba los objetos, pero no podía dárselos a nadie, ni siquiera a mi madre.

Esto duró mucho tiempo, cuando hablo de tiempo hablo de años, de cursos, pues todo lo media en cursos: «Hace dos cursos era pequeña», «Para el curso siguiente seré grande».

No alcanzar los objetos de la mesa me duró relativamente poco, unos tres años, para luego pasar a la fase de no alcanzar los objetos fuera de la mesa.

Estábamos, como siempre, sentados a la mesa. Mi padre y yo teníamos el sitio presidencial, uno enfrente del otro, a los lados estaban mis dos hermanos, mi hermana Ana y mi madre.

La mesa tenía de todo, no hacía falta levantarse por nada. Todo estaba dispuesto para la comida:

—Mari, dame agua.

—Voy.

Alargaba la mano y, ¡oh!, logré asirla ¡y casi sin esfuerzo!

Aquello era satisfacción y tranquilidad, ¡por fin había alcanzado el agua! Satisfecha me decía: «Ya no tendré que soñar con esto».

Y dormía luego como un bebé. Un breve espacio de tiempo, breve porque en el mismo curso proseguí con el sueño, pero con una variante. Podía dar de comer a los de la mesa, alcanzaba los objetos, pero, en cuanto tenía que coger algo fuera de la mesa, tenía problemas.

Volvía al principio. Alargaba y alargaba el brazo, pero nunca alcanzaba la comida. No podía coger el jamón. Una vez, enfadada, me levanté de la mesa y, todavía soñando, me acerqué a la meseta en donde estaba el jamón, cogí el cuchillo y empecé a cortarlo para el plato. Me desperté abruptamente.

Cuando por las noches me dormía, soñaba que no alcanzaba el jamón de la meseta. Veía alargarse el brazo, aunque no se estiraba, no se ponía deforme. Solo era la sensación de estar tiempo y tiempo alargando el brazo en una nebulosa gris, y no avanzar nada.

Esta angustia me duró menos que la otra, tal vez un curso de principio a fin, porque, para la primavera, la cocina de mis sueños se volvió más clara, diáfana, como realmente era ella, y yo, sin saber ni por qué sí ni por qué no, un día, en el que nadie me había pedido nada, ni agua ni pan, alargué el brazo y alcancé el jamón.

Lo más curioso fue que lo alcancé en dos pasos, porque a no alcanzar los objetos se sumaba el hecho de que me levantaba de la mesa, lograba hacerlo, y comenzaba a andar hacia la meseta, pero nunca llegaba.

Me quedaba sola, envuelta en nebulosa gris, sin perder de vista la meseta y todo lo que la rodeaba, y, en un intento de no perder la calma, retrocedía y podía sentarme y estar con ellos; eso sí, intentando coger el jamón.

Yo estudié en un colegio de monjas, junto con mi hermana. Mis hermanos en uno de curas.

No es que fuese mala estudiante, es que me pasaba las clases leyendo libros. En básica leía la Biblia, la parte que hablaba de las mujeres; Ruth, Esther... Quería saber qué habían hecho para estar en la historia.

Leí Enid Blyton y sobre todo Agatha Christie, luego ya no sacaba los libros de la biblioteca, los traía de casa.

Me ponía en la última fila y leía mis novelas pensando que no se darían cuenta si estaba callada.

Una vez, se me acercó don Benito, el profe de Literatura, que nunca pasaba de dos pupitres por delante del mío. Se situó a mi altura, lo miré, me sonrió y me dijo en voz baja:

—¿Qué tal está el libro?

Me quedé azorada. ¡Me había pillado! Me encogí un poquito de hombros y contesté:

—Bien.

—Pero... —dijo él— de qué se trata.

Le sonreí mientras se lo enseñaba:

—Se titula *Viven*, se comen a los muertos.

Don Benito se rio.

—Bueno —dijo y se alejó.

Al día siguiente, la directora, madre Pilar Cordero, llamó a mi madre a consulta. Yo fui con ella, ¡qué remedio!

Temblaba, no podía saber por dónde me caería el rapapolvo, aunque interiormente ya estaba desarrollando mi defensa.

Allí estábamos sentadas, en la habitacioncita de consultas. Mi madre, que solo decía «¡Ay!», y yo.

Llegó madre Pilar, sonriente. Me relajé un poco, no mucho, porque podía ser una técnica de ataque. Se sentó y empezó:

—¿Qué tal Mari Luz?, ¿qué tal en clase?

Yo, nerviosa por dentro, me encogí de hombros mientras contesté:

—Bien, madre.

Madre Pilar dejó de sonreír y miró a mi madre.

—Mari Luz no está prestando atención en las clases —le espetó.

Mi madre ya se olía algo así, ¿qué otra cosa podía ser? Yo me quedé blanca, me dio tiempo de pensar.

—No es tan grave. —Miré a mi madre y ella a mí por el rabillo del ojo.

—Sabemos que Mari Luz tiene potencial —prosiguió madre Pilar—, que podría estudiar lo que se proponga, pero ese es el problema, que no se lo propone.

Mi madre se entristeció y yo con ella. Replicó a modo de excusa:

—Ya le he dicho yo que puede estudiar lo que quiera, lo que se le antoje. ¿Verdad Mari Luz que te hemos dicho que pidas lo que quieras?

—Sí —me apresuré a contestar, quería ver feliz a mi madre.

—Ese no es el problema, Teresa —cortó seria madre Pilar—. El problema es que no se lo propone. ¿Qué tal estudia en casa?

—No lo hace. Yo no la veo.

—Sí lo hago.

—¿Cuándo?

Nos callamos.

—Si sigue así, Mari Luz repite.

«No, eso lo último. Perdería a mis compañeras», pienso

—Lo bueno es que la hemos cogido a tiempo —concluye madre Pilar.

Mi madre respiró un poco. Yo hice cábalas: «Estamos a medio curso. No tengo muy deficientes, eso quiere decir que, si estudio un poco, cojo el nivel para aprobar».

—¿Quieres repetir el curso, Mari Luz? Dilo con el corazón en la mano.

Y yo, con el corazón en la mano, le respondí:

—No, madre.

—Tienes que prometer que vas a estudiar. —Hizo una pausa y continuó—. Por lo menos para pasar de curso.

Yo pienso: «Una promesa —me incomodé— hay que cumplirla». Y acto seguido sopesé si sería capaz de hacerlo. «Tengo tres suspensos. Con un cuatro, con cuatro y medio, o sea, con un poco que me ponga lo puedo hacer». Aliviada, contesté:

—Sí, madre, lo prometo.

Mi madre suspiró y madre Pilar sonrió triunfal. Yo me sentía poca cosa.

—Bueno, pues eso es todo. No hay nada más, Mari Luz. Por lo demás, todo bien. Presta más atención en clase y verás el resultado.

Me hice el firme propósito de prestar atención. Se acabó para mí la lectura, a partir de ahora lo haría en casa.

Se despidieron mi madre y la monja con todo tipo de parabienes, y nosotras emprendimos el camino a casa.

—¡Ay, Mari Luz, ay! Tienes que querer —decía mi madre—. ¿Por qué no quieres?, ¿te preocupa algo?

—No, mamá.

—Dime qué te preocupa.

—Nada.

—Alguien te ha hecho algo, ¿se han metido contigo?

—No.

—Entonces, ¿por qué no quieres estudiar?

—Sí quiero estudiar, mamá, pero no sé qué quiero hacer. Estoy perdiendo el tiempo.

—Algo sí sabrás, Mari Luz, que no eres tonta.

—Ya. Me gustaría ser juez, pero lo veo difícil.

—¿Por qué? No hay nada difícil estudiando.

—Juez es Dios, mamá, nosotros no tenemos sabiduría.

—Las leyes las hacen los hombres.

Me quedé en silencio pensando en esas leyes, pues yo conocía de carretila los mandamientos. Contemplé la posibilidad de ser juez.

Después de un rato caminando en silencio, dije:

—Hay leyes injustas. Estaría bien hacer leyes buenas, que fuesen bien para la gente.

—Para eso hay que aprobar.

—Aprobar qué. —Me hice la tonta.

—Los cursos.

—¡Ah! Pero, aunque haya leyes buenas, cuando alguien hace algo malo y lo juzgas, ¿cómo sabes por qué lo hizo? Claro, mamá, dime, ¿cómo sabes por qué?

—Hablando con él.

—Te puede mentir.

—Pues estudiando, para que no te mienta —dijo mi madre con firmeza. Yo me reí.

—Si fuese tan fácil... —le dije, riendo.

—Solo hay que querer —prosiguió mi madre—. Querer es poder. —Esta es una de sus frases favoritas

—No siempre. Yo quiero ser rubia y no puedo —le dije taxativa y la miré de reojo. No me hacía caso.

—Querer es poder, Mari Luz, querer es poder —repitió.

—Si una persona, por ejemplo, mamá, por ejemplo, mata a otra, ¿cómo puedes juzgarla? ¿Cuál fue el motivo?

—Ay —dijo mi madre.

—Ay, sí, ay —le dije yo—, porque eso no aparece en los libros.

—Todo aparece en los libros.

—No, mamá, todo no. Ponte en el caso de que una mujer a la que echaron del trabajo, no tiene casa y tiene un hijo, y, como no tiene para comer, roba una barra de pan y la pillan. ¿Cómo la juzgas, dime cómo? Porque, claro, dices, no tiene culpa, pero el panadero tampoco tiene culpa, quiere cobrar porque era suya la barra. Además, ya sabes: «no robarás». ¿Eso es falta o pecado? —Me encogí de hombros. Seguí de carrerilla—: Pero, claro, no tuvo más remedio. ¿De quién es la culpa ahí, eh? Dime, ¿de ella que robó?, que tiene culpa mamá no digo que no, ¿o del señor de la tienda movido por codicia que quiere cobrar?

»Mira, mamá, viene alguien a querer violarme a mí, o a ti, o a Ana, mamá, o a Ana, yo lo mato y tan fresca, y te digo que no hay nadie que pueda culparme, porque es en defensa propia, y eso es así aquí o en China.

—Ay —decía mi madre.

—En defensa propia, mamá, en defensa propia. Cuando es así ya nadie puede culparte.

—Pues estudia, Mari Luz, que es para tu provecho, que no es para el mío, ni para el de papá, ni para el de nadie. Es solo para tu provecho.

—Además, mamá, siento decírtelo, pero yo con lo mío no puedo.

—Lo tuyo, pero ¿qué es lo tuyo? —Mi madre perdió la calma.

—Mamá, yo tengo que pecar y no voy a ponerme a estudiar o a hacer algo que me guste para después dejarlo todo.

—Ay, Dios, pero qué tienes tú que pecar. Dime, en qué vas tú a pecar. Puedes estudiar lo mismo.

—No lo sé. ¡Si lo supiera...! Pero no te preocupes que, cuando lo sepa, te lo digo a ti antes que a nadie.

—Ay, Dios, ay.

Ese año aprobé en junio.

Antes de acabar ese ciclo de estudios, habiendo solucionado el alcanzar los objetos en mi mundo onírico, el siguiente sueño recurrente era que, desde el ventanuco del desván, divisaba toda Ponferrada, de un salto me subía al tejado, extendía los brazos y volaba.

Así pasaba las noches, volando por la ciudad. No sé por dónde iba, por qué lugares andaba. Cuando regresaba a casa, lo hacía andando, subiendo las escaleras infinitas del rañadero, abriendo la puerta del portal y descansando en la cocina.

Para la primavera, soñaba que iba a clase volando. Las compañeras me decían:

—Anda, Mari Luz, qué rápido vienes a clase.

Yo contestaba, disimulando mi sonrisa:

—Sí, ya. —Y me decía: «Claro, si supierais que vine volando».

Mi hermana Ana soñaba lo mismo. Ella volaba por el rañadero y la plaza, pero ella volaba desnuda:

—Ay, Mari, qué vergüenza, sueño que salgo desnuda.

Me imaginaba a mí misma ir a la calle desnuda, a clase desnuda, y sudaba de pánico y rezaba: «Dios, eso no».

Nunca me pasó, siempre llevaba una especie de túnica o camisa cual Wendy, la de *Peter Pan*.

Pero, en este sueño, cuando lo soñaba y cuando no lo hacía, es decir, cuando no soñaba con nada, solía embargarme una pesadez corporal infinita, como si un peso ciñera mi cuerpo. Un peso envuelto en nebulosa me aturdía. Intentaba moverme para despejarlo y mi cuerpo era lento, y un «¡No, no, no por favor!» crecía en mi interior. ¡Dios!, quería llorar para ser más liviana, pero ¡llorar sin causa! Quería moverme para despejar la pesadez y me costaba casi media noche.

Dormía mal, oía las campanas del reloj dar las dos de la madrugada, y a veces hasta las cuatro, las menos veces. Oía el silencio a mi alrededor y estaba inerte en la cama, soportando el peso. Y la ciencia cierta de que iba a pecar me estaba trastornando, me decía a mí misma: «Y, si muriese, no pecaría», y que «Mejor morir joven sin pecados, no de mayor, que ya tendré muchos».

Para ello, cuando estaba subida a la acera y se acercaba algún coche o camión, sobre todo camión, pues es más grande y pesado, me situaba en el límite mismo de la acera, estando en un tris de caer a la carretera, los vehículos me pasaban casi rozando, y sentía el aire de la velocidad del vehículo en mi cuerpo. Me decía: «Ay, casi», y soñaba que me pasaban por encima de la cabeza.

En 1975 murió Franco. Yo tenía catorce años. A mí Franco me daba igual, y a mi círculo social, o sea de niñas de catorce años, también. Recuerdo vagamente, cuando era pequeña, que fui con mi madre al banco y no le dejaron sacar dinero porque no tenía el consentimiento, por escrito, de mi padre. Por más que argumentó mi madre, se lo denegaron.

Aquello fue una injusticia y me desagradó en lo más hondo, pero con el tiempo se fue diluyendo de la memoria.

Yo iba a clase por el puente Luis Ojeda, y, a mitad del mismo, alguien que no recuerdo quién, me lo dijo:

—No hay clase.

—Cómo que no hay clase. Qué me dices. Por qué.

—Sí, no hay clase, murió Franco.

Que Franco hubiese muerto, a mi mente juvenil le parecía imposible porque era el señor que había estado siempre en el poder. Si había estado siempre, ¿cómo es que dejaba de estar? Eso era poco más que imposible.

Me quedé en la mitad del puente y no sabía qué hacer, si tirar para abajo e ir al colegio a ver qué pasaba, o tirar para arriba e ir para casa. Tiré para abajo.

Recuerdo el patio del colegio con un bullicio alegre, las compañeras corriendo. Las monjas en lo alto de las escaleras, delante de la puerta pequeña que daba al salón de actos, intentando poner orden. Un orden imposible y sin ningún interés por su parte.

Todas estábamos alegres ¡sin clase! Pero qué suerte. No sabíamos nada, si al día siguiente retomaríamos las aulas o qué. Aquello era una dádiva.

Al final, se disolvió la algarabía y nos fuimos yendo para casa. Estuve sin clase tres días. En la televisión no daban nada, sobre todo el primer día, que había música clásica.

Cuando salió Arias Navarro comunicando la muerte del caudillo, salió llorando. Fue chocante. Qué hace un señor, por la televisión, llorando. ¿Por qué llora?, ¿mucho le quería? ¿Por qué le quería tanto?

—A ese ya se le jodió el garbanzo —dijo mi padre, y yo lo entendí todo.

Cuando pasó el luto, por la televisión salió el rey Juan Carlos. ¿Qué más da uno que otro? ¿En qué cambia? Era algo que estaba por ver.

Cuando retomamos las clases, después de ese asueto, en el aula estábamos vivaces. La monja nos quiso dar un pequeño discurso acerca de Franco, y que rezásemos por él.

«Qué pena, solo tres días», era la frase más repetida, y, por supuesto, tuvimos misa por Franco.

Mi madre, entonces y mucho antes, quería que yo luciese. ¡Cómo le hubiera gustado a mi madre que luciese modelito! Me quería comprar de todo. Me llevaba a León y nos lo recorríamos entero. Me quiso comprar un abrigo de piel, que por otro lado me encantaba, pero no podía, yo no podía, tenía que pecar. Me decía mi pobre madre:

—Anda, Mariluzina, pruébate.

—No, mamá, no que no puedo. —Y miraba de reojo el abrigo, disimuladamente.

—Pruébate, tonta, que puedo comprarlo.

—No, mamá, no es eso, ya quisiera yo.

—Anda, ¡con lo bien que te tiene que quedar!

Yo no podía hacer ese dispendio cuando tenía que pecar y no sabía qué consecuencias me traería el pecado, es decir, la situación que viviría.

El pecado yo lo veía como un sayón que me pondría, o, mejor, que me era impuesto. No podría comprar lo que me apetecía

porque seguro que tendría que prescindir de ello, con lo cual me pasé la juventud con poquita ropa; *grosso modo*: pantalón de pinzas, vaquero, falda y vestido. Creo que no tenía más.

Tampoco tenía pena por mí o por esa circunstancia de poco equipaje. Era mejor así. No tenía pena por los bienes materiales. Tenía pena por mí. ¿Qué sería de mí una vez acabado «el pecado»? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Sabría reconocerlo? Cuántas veces me quedaba abstraída rumiando esa frase. ¿Sería capaz de hacerlo? Y, dependiendo del momento, unas veces contestaba que sí y otras que no. Sobre todo, cuando me lo había pasado bien o tenía un trapito nuevo. Lo más jocosos de todo es que nunca supe la razón de por qué tenía que pecar. ¿Por qué, Dios, por qué? No podía hacer más que dejarme llevar.

No a todo el mundo le hacía partícipe de mis inquietudes. Se lo hice saber a Geles, la entrenadora de baloncesto. Nos llevábamos muy bien. Hubo una época en que, después del entrenamiento, ella me acompañaba a casa y hablábamos, hablábamos mucho. Había veces que ella me acompañaba, luego la acompañaba yo, después ella a mí, y así se nos hacía de noche. Ella quería que yo hiciera Magisterio. Su marido era maestro y siempre barría para casa.

Un año después, tal vez un poco más, empecé a salir a la discoteca. Tenía en la cabeza la canción «España huele a pueblo, huele a ropa planchada, a niño no hagas eso, a no me da la gana», que me venía sin cesar a la mente. Fui a la discoteca alrededor de los quince años.

Mi primer novio fue Fernando, bueno, no éramos novios, solo nos besamos. Lo dejamos muy rápido, no estoy por la labor de acostarme con el primero que pase.

Luego me enrollé con Luis. Luis era un tipo que tenía todo para triunfar en la vida, salvo un gran defecto: era un nihilista y le gustaba serlo, presumía de ello.

Por aquella época, frecuentaba Nevada, que era una cafetería-discoteca en pleno centro de Ponferrada. Muy barata. También era un cuchitril, aunque querían dorar la pildora porque a la ca-

fetería iba mucho pera. Era la moda, ser pera: zapato, pantalón y camisa. Yo siempre llevaba camiseta, en contadas ocasiones camisa y rara vez falda.

Luis era un estudiante de Medicina que se estancó en tercero. Sus padres no querían acabar de pagarle los estudios, y él andaba por Ponferrada sin oficio ni beneficio. No trabajaba en nada, solo lucía palmito.

Conmigo lo quería todo. A mí me parecía bien porque el chico no me desagradaba, pero no salía de su papel.

Vivía de su hermano Toño, que era quien le pagaba los vinos, y supongo que algo le daría el padre. Cuando estábamos juntos, nos dedicábamos a pasear. Yo solo tenía dinero para una consumición. En aquella época, era lo normal, por lo menos en nuestra pandilla de chicas, y con todas las amigas que salí. Solo teníamos para la cajetilla de tabaco y un cubata.

Luis siempre me acompañaba a casa. Estábamos toda la tarde besándonos y paseando por la Puebla, luego subíamos por el rañadero y, al llegar a la plaza, nos sentábamos y nos poníamos serios, y hablábamos, y hablando, hablando, hablábamos del futuro. Sobre todo yo, porque él se estancaba cuando decía que quería tener hijos conmigo. Yo iba más allá y le preguntaba:

—¿Cómo los mantenemos? ¿En qué trabajaríamos?

—Trabajo yo —decía Luis, que quería tener tres hijos.

—De qué. Tiene que ser algo que dé el suficiente dinero para mantenernos a todos, y la vida está cara, dice mi madre.

—Algo encontraré.

—Como qué, llevas tanto tiempo sin hacer nada.

—Yo en Ponferrada no quiero estar. Esto es un pueblo. Yo quiero estar en Santiago.

—En Ponferrada o en la China, no se vive del aire.

—Cásate conmigo y verás.

—Qué Luis, qué tengo que ver que no vea ahora.

—Es que en Ponferrada no hay nada. No hay nada. No hay vida.

—Qué vida quieres.

—Cásate conmigo.

—¿Cómo alimentamos a los hijos?

Luis callaba. Era un chico de semblante serio, con grandes ojos negros y una ceja partida.

—Si tú quisieras, Mari Luz.

—Mira, lo que podemos hacer es que tú te buscas un trabajo y vas sacando la carrera mientras yo acabo mis estudios. Algo haré. Entre los dos podremos vivir y alimentar a los hijos.

Luis callaba, solo quería besarme.

Esta conversación era muy recurrente en nuestra relación. Siempre las mismas pautas, el mismo argumento, nunca llegábamos a una conclusión. Pasábamos el día, abrazados y besándonos sin llegar a un acuerdo sobre nuestro futuro que, por otro lado, no es que yo pensase mucho en él, sino en que Luis me hacía pensar en él porque me hablaba de hijos. En esa época, era mi novio oficial, y es cuando tanteé el pecado. Esto lo digo ahora, de aquella no lo era, no podía serlo. Cómo iba a ser malo fumar los cigarrillos de la risa. Nuestra pandilla de chicas descubrió los porros.

Al principio, todo eran risas, pero, cuando te acostumbras a fumar, el pensamiento funciona igual. Por lo menos el mío.

El halo romántico de fumar costo, de que somos lo acertado, de que fuera de este mundo de fumar y reír no se está a la altura, no es de bien, no es progreso es estacionamiento. Tienes que seguir fumando, no debes pasar, es lo acertado.

Algún día, todo el mundo hará lo que nosotros, fumar porros, decía parrita, porque, aunque no dé la risa, estás en un globo, y lo importante es el globo; cuanto más grande, mejor. No puedes decir que no al globo.

Lo que realmente descubrí en esta etapa es que no todo el mundo es bueno por el mero hecho de fumar costo. Que quien es malo es malo fumando o abstemio. Que no tienes un salvoconducto a la perfección personal o a la salvación espiritual por el simple hecho de fumar, o ese estado de gracia que es estar fumado.

Yo rompí, no del todo, pues siempre dejo hilos traducidos en amistades, con ese ambiente. Y del Nevada me pasé al Norte.

El Norte era un bar situado en la plaza que ahora es la de Fernando Miranda. Allí iban todos los pasotas de Ponferrada. Pasé de un ambiente en el que «mi padre tiene», «mi padre es» a otro en el que «yo tengo», «yo soy». Lo cierto es que no duré mucho por allí, y poco a poco dejé de salir por la Puebla para salir por arriba, esto es, por mi barrio. E hice esto porque con Luis no había futuro. Se enrocaba en su pertinaz silencio, mucho más si hablábamos del futuro. Lo cierto es que nos íbamos alejando, y llegó lo inevitable.

Esta larga temporada, o no tan larga, de la adolescencia hasta el siguiente sueño, lo más recurrente era que subía por un camino que bordeaba una montaña. Yo, noche tras noche, subía y subía, el sueño no acababa. Nunca llegué a la meta o a la cima, tan solo subía.

A veces veía el camino, era estrecho, de tierra, una tierra marrón oscuro. No había ningún tipo de jara o hierbasco. Solo era un camino ascendente sin ningún bicho viviente a mi alrededor.

En esas estaba yo en mi vida social, y en lo personal soñando con caminos que no sé a dónde me llevaban, iba a segundo de BUP cuando pinché. Me eché tanto a la bartola que fue imposible remontar, tampoco lo intenté.

Me vi forzada a repetir, pero no quería repetir en las monjas, así que me las ingeníé para cambiar de centro e ir al instituto.

En lo referente al mundo onírico, sufrí un cambio. Se intercalaban los sueños en los que soñaba que subía una montaña por un camino estrecho a otros en los que encontraba en el suelo, esparcidos, trocitos de láminas de plata. Esto sucedía en la ruta de las bodegas.

A veces ocurría que junto con las láminas de plata había otras de laminitas verde. Yo prefería las de plata, pero en ningún sueño me agachaba para coger las laminitas, ni de plata ni verde.

Siempre me fascinó el instituto. Era como entrar en otro mundo, como si fuera más real, como si la vida confluyera en él.